

## **El sentido del cambio social: frenos y propulsores**

**(Respuesta a las observaciones críticas de Alfredo Iglesias sobre el artículo en dos partes “La zozobra y el viaje a alguna parte”)**

### **Capitulación y cambio estructural**

Coincido contigo en que el enfoque, en cuanto al análisis de la crisis en curso y la respectiva búsqueda de vías de salida a la misma, debiera orientarse hacia la superación de las barreras que dificultan el cambio estructural de los sistemas políticos y económicos que rigen nuestras vidas. Existe hoy en día, y desde hace unas cuantas décadas para acá, una clara capitulación del pensamiento progresista o de izquierda respecto a las posibilidades de transformación social. Prácticamente desde finales de los años setenta del pasado siglo ha predominado en el seno de la izquierda una mera reacción defensiva respecto a los embates cada vez más contundentes de la derecha. Hasta el desencadenamiento de la crisis en curso, el dominio ideológico del pensamiento neoconservador ha sido de una enorme eficacia, en los medios de comunicación, en la academia y en la arena del debate político, sin posibilidad de ser disputado por una izquierda atrapada en la constante búsqueda de soluciones intermedias de compromiso, con la tímida intención de salvar, al menos, algunos elementos de las ahora vilipendiadas políticas de bienestar socialdemócratas.

### **Solo aprovecha el viento quien conoce el puerto de destino**

En este orden de cosas, y esto es una de esas obviedades que en la práctica no lo son tanto, la dirección que debe inspirar el cambio social es, sin duda, el factor que mejor debemos formular y clarificar. El olvido del propósito último de nuestras acciones es una de las grandes lacras que desnortan e idiotizan la actividad política, centrifugándola en una inmediatez temporal mal entendida. En última instancia esta búsqueda de dirección final nos remite a nuestra idea de la naturaleza humana y de sus potenciales de desarrollo. A mí en particular me seduce mucho el análisis de Amartya Sen de las libertades, concebidas éstas como ejercicio efectivo de capacidades diversas que hacen posible la construcción individual y social de proyectos de vida satisfactorios. El desarrollo social adquiere entonces su principal sentido en cuanto debiera habilitar el tramado institucional y socio-económico en el cual las capacidades individuales adquieren su mayor intensidad y poderío. Las desigualdades profundas entre la ciudadanía, por lo que respecta a la distribución de las capacidades de hacer cosas, nos hablaría de una sociedad enferma que derrocha recursos latentes y violenta la dignidad y el potencial de crecimiento de grupos numerosos de individuos. Roberto Mangabeira Unger lo dice en otros términos, que el objetivo final debiera ser el acercar nuestro parecido al de los propios dioses.

### **Estructura o voluntad**

En el apartado “Actitud de las personas ante la crisis” creo que late un cierto determinismo estructural que nos coloca en un callejón sin salida por lo que se refiere a la viabilidad de los procesos de cambio. En efecto, ¿cómo romper el círculo vicioso entre la inacción y la carencia de poder para influir en los acontecimientos de las grandes mayorías que no ocupan los centros relevantes de decisión política y económica?, ¿qué es antes, el huevo o la gallina, el cambio estructural de las estructuras

democráticas y de la propiedad de los medios de producción que libera la acción de los individuos, o la movilización colectiva que abre camino a dicho cambio?

Mi opinión es que el problema hay que contemplarlo bajo la óptica evolutiva de un proceso continuo de aprendizaje social. Un programa de transformación debe ante todo conectar con las necesidades y sentimientos inmediatos de los ciudadanos, y hacerlo de modo que queden enganchados y movilizados por propuestas parciales que supongan mejoras graduales y que tengan un efecto acumulativo en línea con los objetivos últimos de transformación estructural. Las medidas deben tener un impacto visible e inmediato que consigan la aceptación mayoritaria, pero han de estar enmarcadas en un relato de horizontes de ilusión y esperanza. Han de propugnar la importancia de los valores ligados a la solidaridad y a la cooperación, y, al mismo tiempo, la imprescindible demolición de las iniquidades y disparidades obscenas de poder en las sociedades contemporáneas. El experimentalismo institucional es la herramienta que debería ir abriendo nuevas vías para hacer sentir la presión colectiva que consolide y ahonde en las reformas necesarias.

### **La gestión de la acción colectiva**

El terreno de la organización y promoción de la acción colectiva en nuestros días, lo que algunos engloban en la llamada democracia participativa, gobernanza democrática o relacional, nuevo republicanismo, nuevos espacios públicos, sistemas de participación ciudadana, etc., constituye un ámbito social todavía en su infancia. Nuestro conocimiento de la tecnología de la participación cívica y de la acción colectiva resulta muy precario. Al fin y al cabo, la democracia tal y como la conocemos es un invento muy reciente. Las ciencias empiezan ahora a prestar atención a nuestras pulsiones cooperativas, atrapados como hemos estado hasta no hace mucho en el reduccionismo del homo economicus. Nuestra actitud debe ser abierta e inclinada a aprender de la experiencia. Se están descubriendo, en este sentido, nuevos continentes, las tecnologías de la información y las comunicaciones están posibilitando la emergencia de formas de gobierno comunitarias en modos y maneras del todo inesperadas.

El gobierno comunitario, que constituye la base del llamado capital social, obedece a pautas de coordinación basadas en la confianza y la reciprocidad, donde las normas y valores culturales compartidos juegan un papel esencial a la hora de la integración y motivación de los miembros del grupo. El gobierno mediante estructuras jerárquicas, donde la autoridad es el vector principal, y el gobierno de mercado, donde los incentivos monetarios son la base de la coordinación descentralizada de los mercados, presentan limitaciones y fallos bien conocidos, respecto a ellos las comunidades de distinto tipo pueden funcionar de manera complementaria y cubrir huecos que aquellos no pueden satisfacer, o promover cambios institucionales que la inercia de los primeros impide alcanzar.

Estamos obligados, pues, a profundizar en esta línea de pensamiento: ¿cómo propiciar la acción colectiva que haga posible la innovación y el experimentalismo no sólo en el terreno económico, sino, sobre todo, en el institucional?

### **¿Qué crisis?**

En verdad no creo que el análisis de Carlos Marx nos aporte mucha luz sobre los problemas de la sociedad contemporánea. El núcleo analítico de *El Capital* considero que es claramente erróneo y que lleva a diagnósticos y recetas peligrosos y desacertados. No voy a entrar aquí en detalles, pero, si multiplicando las cosas, diría que la apropiación coercitiva del plusvalor generado por los trabajadores asalariados por parte de los propietarios de las empresas, no me parece un factor explicativo relevante a la hora de entender la actual crisis y de plantear vías para su superación. Por supuesto, la reducción de cualquier fenómeno social al enfrentamiento antagónico de clases sociales distintas puede forzarse casi en cualquier terreno, pero, al final, termina resultando un ejercicio meramente tautológico en el que se recurre continuamente a causas muy genéricas y difícilmente falseables. Con esto, debería ser obvio, no quiero decir que no exista la explotación económica de unos grupos sociales por otros, o que las desigualdades de poder económico y político no sean relevantes al momento de explicar los problemas de nuestra sociedad. Lo que digo es que el clásico análisis marxista nos lleva a muchos errores y no da cuenta de la complejidad en el funcionamiento y en los desafíos que caracterizan a la sociedad contemporánea.

Desde luego, retratar la actual crisis como crisis de sobreproducción admite distintas explicaciones, bajo la perspectiva marxista, pero también bajo la tradicional perspectiva keynesiana, que a mí me parece más ajustada a los acontecimientos. En todo caso, según mi parecer, la actual crisis es eminentemente financiera y su gestación tiene que ver con fallos de coordinación estructural entre los mercados financieros y los mercados de bienes y servicios producidos por intensos problemas de información que, a su vez, están vinculados a una determinada estructura de poder económico y político. Es esta estructura de poder la que promovió con gran efectividad la ideología neoliberal y neoconservadora en todos los órdenes de nuestra sociedad sin que tuviera enemigo capaz de hacerle frente. Una potente estrategia de comunicación y colonización social que ha distorsionado muchos juicios sensatos, que promovió la oleada indiscriminada de desregulaciones normativas, el mirar hacia otro lado de los responsables públicos de la vigilancia de los mercados, la manipulación y ocultación de información relevante para el buen funcionamiento de los mercados, y los negocios oscuros con información privilegiada, a la sombra del estado o de los paraísos fiscales, a una escala nunca antes vista.

Es evidente que el afán de beneficio afecta a todos los mercados y puede tener efectos nefastos si se le deja a su libre albedrío, pero esto no constituye el origen manejable de los problemas, que es, por el contrario, el del terreno de juego (las instituciones) que nos hemos dado para llevar a cabo estas actividades, las reglas, en suma, que constriñen y canalizan los comportamientos. Al igual que no somos puramente cooperativos y solidarios, tampoco somos puramente codiciosos y egocéntricos, pero nuestra naturaleza por exigencias evolutivas tiene algo de los dos componentes, luces y sombras, e ignorar su existencia no ayuda a construir instituciones que saquen desde el punto de vista social lo mejor de tales impulsos.

### **El sostén de los sentimientos morales**

Hay que tener cuidado con los mecanicismos a la hora de explicar los problemas sociales y económicos de hoy en día. Es decir, hay condiciones estructurales de poder, de tipo institucional y de funcionamiento de los mercados que con claridad propician determinado tipo de comportamientos, pero esto no debe impedir la exigencia de

rendimientos de cuenta de tipo moral a aquellos que han estado en los centros neurálgicos de decisión. Uno de los grandes problemas que tenemos en nuestras sociedades consiste precisamente en la dilución de las responsabilidades morales. Ejemplo de ello son las ofensas morales que tiene lugar en nuestras Islas a resultas de decisiones públicas irresponsables que suponen millonarias facturas al sector público al cabo de los años. La institucionalización del rendimiento moral de cuentas respecto a determinados tipos de comportamiento debería consolidarse en nuestras sociedades para evitar la impunidad que observamos en los financieros y políticos que nos han metido en los actuales berenjenales. Basta analizar con un poco de detalle el desarrollo de la guerra y la ocupación de Irak por parte de EEUU para calibrar, además del ingente sufrimiento humano, la desmesura moral de un derroche económico ineficaz y de los incompetentes criterios de gestión política empleados.

### **La composición diversa de los derechos de propiedad**

Tengo mis dudas respecto a que uno de los cambios estructurales claves que necesitamos consista en volver al viejo dictum de la social democracia de nacionalizar las grandes empresas. Sí creo, como muchos otros, que en la medida en que los grandes bancos requieran apoyo público decisivo para salir de la actual crisis, este apoyo debe hacerse mediante la intervención directa en la propiedad y en el control de las entidades, de manera que se minimice la socialización de las pérdidas que los planes epidérmicos de ayuda suelen conllevar, y la sociedad pueda recuperar al menos parte de los costes de dichos planes de rescate. Remito al modelo sueco de intervención bancaria de los años noventa del siglo pasado que tanto se ha citado.

Cuestión distinta es que todas las grandes corporaciones deban ser públicas. Sin descartar esta vía en su integridad, estimo que la problemática de la concentración de la propiedad de los medios de producción, con todo lo que conlleva en cuanto al reparto dispar del poder de facto en nuestras sociedades, debe abordarse desde una óptica distinta a la que fue tradicional. No hay que olvidar que si bien los mercados tienen fallos y virtudes, también el estado los tiene. Ignorar los fallos del sector público vinculados al comportamiento de los políticos, grupos de presión, empleados públicos y votantes, y a las propias estructuras de organización y gestión burocráticas, no conduce a nada bueno. Debemos descartar una visión naif del sector público, como si estuviera al alcance de la mano el logro de una suerte de bondad tecnocrática que imbuyera a todas las organizaciones públicas, y las inmunizara frente a la influencia de los intereses especiales que se parapetan a su sombra.

Mi opinión es que deberíamos actuar a distintas escalas jugando siempre con la experimentación, el premio a la innovación y las restricciones a la concentración de poder. Las estructuras de propiedad efectivamente merecen más de una pensada. El espacio de reflexión lo situaría en la conveniencia de diversificar las formas y los alcances de los derechos de propiedad. No deja de ser significativo a estos efectos el debate actual, que está lejos de haber concluido, sobre la propiedad intelectual y las patentes, y que afecta tan directamente a la industria del software y a la farmacéutica. También considero que la desproporción exagerada en la concentración de la riqueza y el poder es una característica incompatible con una sociedad plena y activamente democrática. Entre estas dos realidades hay una contradicción radical que deriva de la propia naturaleza de la una y la otra. En este sentido, no es socialmente sano que las grandes corporaciones gocen de ese poder cuasi-omnímodo que parece caracterizarlas.

## **Equilibrar el terreno de la actividad económica**

No obstante, las estrategias para recortar dicho poder pueden constituir un repertorio muy diverso. Al margen de las más obvias restricciones regulatorias y fiscales, la acción pública para equilibrar el terreno de la actividad económica podría tener una importante repercusión. La economía del conocimiento y la innovación, con sus organizaciones aplanadas, sus estructuras horizontales en red, sus dinámicas y comunidades de conocimiento, su carácter inclusivo y participativo, su flexibilidad organizativa y productiva, debe romper las fronteras en la que ahora se localiza para alcanzar a todos los sectores económicos. Las nuevas reglas del juego competitivo han de propiciar esta expansión, envuelta en una cultura que interiorice el cambio, premie la innovación y el mérito, y sea tolerante con el fracaso, pero que impida que los grandes aborten este proceso social creativo, o impongan las condiciones que entienden más les favorece, despejando así el camino para las pequeñas y medianas organizaciones.

## **El sector público en red**

Asimismo, el sector público debe dar una completa vuelta de calzetín a sus actuales conceptos organizativos y de gestión. A la reflexión actual en este ámbito le falta profundidad y el honesto realismo de reconocer los elevados costes de eficiencia y eficacia del presente funcionamiento público. La experiencia demuestra que la adopción de las nuevas técnicas de gestión pública suele ser muy costosa y no trae consigo todos los cambios de fondo necesarios para asegurar transparencia en los procesos y servicios de valor dirigidos y orientados al ciudadano. Aquí mi postura es también pragmática, pero sin abjurar del cambio, especificar bien los objetivos estratégicos centrados en el bienestar ciudadano que se pretenden, y utilizar con flexibilidad un repertorio amplio de modelos organizativos y técnicas de gestión, seleccionando aquellos que mejor se adaptan a dichos objetivos. Este proceso nos lleva a que el sector público debe concentrarse en funciones que por su complejidad, sensibilidad e innovación son difíciles de replicar por otras organizaciones, y esto lo debe hacer con las dotaciones adecuadas de recursos humanos cualificados y creando capacidades, ahora inéditas, de gestión relacional tanto con los usuarios finales como con las organizaciones externas que colaboran en la provisión de los servicios y bienes públicos.

En este orden de cosas, por ejemplo, el impulso necesario a un sector económico dedicado al cuidado y la atención de las personas debe arrancar del sector público, pero éste debe también promover y apoyar la creación de organizaciones que posibiliten una dinámica innovadora y la consecución de cotas superiores de personalización y calidad en los servicios. No se trata de llevar a cabo las típicas externalizaciones en las que el sector público acaba medio desentendiéndose del servicio y limitándose a un control meramente administrativo, sino de dinamizar verdaderas redes de organizaciones donde los incentivos monetarios se combinen con intensas interacciones de comunicación y conocimiento.

Las Palmas de Gran Canaria a 1 de marzo de 2009.

Jacinto Brito González